

De Francos y Zaldúa O. de N. Ra. del Carmen

PANEGIRICO
DE
SAN IGNACIO
DE
Loyola.



Imprenta de Cualla.

Francos y Zaldúa O. de N. Ra. del Carmen



PAVEGHERO

DE

DAK EAZDOD

DE

1890



SERMON

QUE

EN LA PRIMERA FIESTA

DE

S. IGNACIO DE LOYOLA

HECHA POR

LOS PP. JESUITAS

DESPUES DE SU RESTABLECIMIENTO EN LA NUEVA GRANADA,

PRONUNCIO

EL DIA 31 DE JULIO DE 1844

*el Señor Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia
Metropolitana,*

DOCTOR MANUEL FERNANDEZ SAAVEDRA.

BOGOTA.

IMP. DE JOSE A. CUALLA.

SERMON

QUE

EN LA PRIMERA VISTA

DE

LA VIDA DE LOS

NIÑOS

LOS PP. VESUTAS

DEPARTAMENTO DE LA NUEVA GRANADA

PROVINCIA

EL DIA 31 DE JUNIO DE 1844

El Señor Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia
Metropolitana

DOCTOR MARCEL VESUTAS

BOGOTÁ

IMP. DE JOSE A. CARRA

INTRODUCCION.

La COMPAÑIA DE JESUS que en 1767 fué expulsada de los dominios del Rey de España, ha vuelto en 1844 á la Nueva Granada en virtud del llamamiento que le hizo el Poder Ejecutivo en su decreto de 3 de Mayo de 1842, dictado en cumplimiento de lo que expidió el Congreso en 28 de Abril del mismo año. La Divina Providencia habia dispuesto que esta naciente República emancipada de su antigua metrópoli y despreciando las falsas y exajeradas ideas de libertad, diese una prueba inequívoca de piedad y cordura, é hiciese un acto espléndido de justicia, llamando á su seno á los Jesuitas, rodeándoles del júbilo y aprecio popular, y contribuyendo de esta manera á vindicar aquel instituto ultrajado y perseguido en otro tiempo por el calumniantes filosofismo, mas hoy restablecido y venerado en todos los paises cultos, (a) respetado y querido aun entre las tribus bárbaras, á donde siempre lleva el estandarte de la fé y los bienes de la civilizacion.

Diez y ocho hijos de San Ignacio son designados por el Padre General de la órden, residente en Roma, para venir á la Nueva Granada, (b) y despues de un próspero viaje que presagia los inmensos bienes que, para mayor gloria de Dios, harán en esta tierra, llegan á sus costas en el mes de Febrero

(a) A ejemplo de la Nueva Granada, y despues del llamamiento que el Gobierno hizo á los Jesuitas, la Compañía ha sido restablecida ya en Guatemala y Chile, y actualmente se trata de hacerlo tambien en el Perú.

(b) *Sacerdotes.*

P. Pablo Torroella, superior.
P. José Téllez, vice-superior.
P. Joaquin Freire.
P. Pablo Blas.
P. Francisco San Roman.
P. Felicidad Trapiella.
P. Mariano Cortez.
P. José Laynez.
P. Pedro Garcia.

P. Manuel Fernandez.

P. Luis Amorós.

P. Antonio Vicente.

Coadjutores.

Francisco Garcia.

Miguel Parés.

Joaquin Hugalde.

Anacleto Ramirez.

Luis Serarols.

Rafael Fortun.

y entran en la capital de la República en el de Junio del presente año. (c) Alójanse en el edificio de la Orden Tercera de San Francisco, y allí ejercen su ministerio apostólico con la exactitud, asiduidad y zelo que siempre ha distinguido á los hijos de San Ignacio.

Restablecida así en la Nueva Granada esta inmortal Compañía, era necesario que ella celebrase con solemnidad la primera fiesta, que, después de este acontecimiento extraordinario, iba á hacerse en honor de su Fundador. Esta función era tanto mas debida, cuanto que la fiesta de San Ignacio nunca ha dejado de celebrarse anualmente en esta ciudad después de la expulsión de la Compañía, pues los muchos devotos del Santo la han hecho por sí solos en el curso de setenta y siete años que han transcurrido desde aquella época funesta. Mas la iglesia de la Orden Tercera no permitía por su poca capacidad que, en ocasión tan solemne y plausible, se hiciese allí aquella fiesta, y hubo de celebrarse en el antiguo templo de la Compañía, levantado por los predecesores de los Padres que iban á rendir homenaje de reconocimiento á su Patriarca y Fundador.

En esta gran solemnidad á que concurrió un numeroso é ilustrado auditorio, fué que se pronunció el panegírico que se leerá á continuación, discurso elocuente y bien nutrido en que el Sr. Dr. José Manuel Fernandez Saavedra elojó, con la valentía que le es propia, á la Compañía de Jesus vilipendiada en otros tiempos y que hemos tenido la fortuna de ver restaurada en el nuestro. Este discurso que el orador, por un exceso de modestia, rehusaba dar á la prensa, se publica hoy á solicitud de una persona que reconociendo, como todos, el mérito de la pieza oratoria, sabe apreciarlo debidamente; admira los varios talentos del insigne predicador, y le profesa, lo mismo que á la Compañía, una sincera y particular estimación.

Bogotá, 5 de Setiembre de 1844.

(c) Con excepción del P. Tellez que murió en Honda el 5 de Junio.

*Lauda sterilis, quæ non paris, decanta laudem, et himni
quæ non pariebas: quoniam multi filii desertæ magis
quam ejus quæ habet virum.*

Regocíjate estéril, que no concibes; prorumpe en cánticos de alegría, y salta de gozo; el oprobio de tu esterilidad se cambiará en una fecundidad gloriosa.—
DE ISAÍAS CAP. 54, v.º 1.º

AL pronunciar con mis torpes lábios uno de los mas hermosos oráculos del Profeta, en que bajo una bella metáfora, se anuncia la gloria de la Iglesia de Jesucristo, yo he pensado que solo con tan enérgicas y expresivas palabras podría dar una idea del singular mérito, de los extraordinarios é inmensos servicios que la Iglesia,.. que el mundo entero, debe al ínclito Ignacio de Loyola.

Yo me siento hoy, señores, cargado con el reconocimiento del universo: desde los lugares en donde nace el sol, hasta aquellos en donde muere, y desde los ardientes climas de la Africa, hasta las heladas regiones de la Sarmacia, no hay persona que no haya recibido algo de San Ignacio, ni país á donde los hijos no hayan llevado el sagrado fuego de que estuvo abrasado el corazon del Padre.... ¡Ignacio! el Padre de los pueblos, el Director de los Reyes, el Consejero de los Papas!.. ¡Que todas las bocas se abran, que todos los espíritus admiren, ó á lo ménos, que los corazones todos se trasmitan hoy al mio para desempeñar la inmensa deuda del mas justo reconocimiento!

El solo nombre de Ignacio lleva consigo su elogio: pronunciarlo, es formar su panegírico. A este nombre ¿quien no se representa un Santo siempre en accion, y superior siempre á sus obras? Sublime en sus designios, firme en sus resoluciones, feliz en sus empresas: la obra maestra de la gracia, el órgano del Espíritu Santo, el *brazo derecho* de la Iglesia, el autor del divino libro de los ejercicios, el fundador de esa inmortal Compañía de campeones, cuya causa (para hablar con el Papa Clemente XIII.) está ligada con la de la Iglesia, cuya importancia y servicios publica la sonora voz de tres siglos de estimacion y aprecio universal de los pueblos que los han tratado, y (lo que acaso equivale a todo esto cuando se

trata de religion) la antipatía, el odio mismo, y el desenca-
denamiento furioso de toda clase de impíos contra ella—¡Ignacio!
todo alma, todo fuego, grande segun su nombre, máximo para
la salud de los escogidos de Dios, que prevee todo lo que hace,
que practica todo lo que enseña, que persuade todo lo que
quiere, y para decirlo de una vez, que lleva la abundancia
hasta el seno mismo de la esterilidad.—*Lauda sterilis quæ non
paris; decanta laudem, et himni quæ non pariebas: quoniam multi
filii desertæ magis quam ejus quæ habet virum.* Yo dirijo estas
palabras hoy á la gracia, á la Iglesia, al Cielo, felicitándoles
por la conversion de este hombre extraordinario. ¡Qué fecun-
didad no les dará?; él corresponderá á todos los designios
de la gracia, subvendrá á todas las necesidades de la Iglesia,
y llenará todos los vacíos del Cielo. Tres fecundidades en
Ignacio y por Ignacio: fecundidad de la gracia, fecundidad
de la Iglesia, fecundidad del Cielo: el plan y la division de
este discurso.

Virgen soberana, Reina de mi corazon, y Señora de mis
potencias: singular protectora y Madre especial de Ignacio y
de toda la Compañía; necesito luces que me iluminen y gracias
que me sostengan; espero alcanzarlas por tu intercesion pode-
rosa.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Si tan hermosa y variada es la naturaleza en los distintos
lineamentos que dá á los semblantes, mucho mas admirable es
la gracia en la diversidad de los talentos que distribuye entre los
justos; ya austera, ya generosa, siempre elevada y sublime, ella
posee distintas formas. Tan bellos caracteres se hallan en un
grado eminente en el héroe de Guipúzcoa: penitencia, genero-
sidad, éxtasis. ¡Qué fecundidad para la gracia! *Lauda sterilis.*

Derribado sobre los muros de Pamplona, donde con la
espada en la mano á la cabeza de los mas valientes, dió pruebas
de un valor heróico, y postrado en el lecho de su dolor, la
lectura, casual al parecer, de las vidas de los Santos, le inspira
la resolucion de imitarlos; y como en Ignacio todo es grande,
su primer paso en las sendas de la penitencia es un triunfo
completo. La ambicion de gloria era su pasion dominante, ¡y
quien no sabe que esta es una pasion violenta? No deleitarse
con el apetito de la propia excelencia, es difícil dice San Agustin,
es raro afirma San Gregorio, es admirable añade San Bernardo,
es casi imposible concluye San Gerónimo. Ignacio no obstante,
dá un golpe mortal á esta pasion tiránica; ya no marcha con
el casco en la cabeza y la espada en la mano; él ha dado su
nombre á una milicia en que las armas son enteramente diver-

sas; con la cabeza desnuda y un baston en la mano, mendiga el pan de puerta en puerta para sufocar todos los movimientos del amor propio. Como el gigante de que habla el Salmista, salva de un solo salto las dificultades todas que se oponen á su curso, y esta pasion que formaba su carácter, queda tan postrada que, como él mismo confesó despues, á ningun vicio temia menos que al de la vanagloria. Si la naturaleza le exige algun alivio, es en medio de la infeccion de los hospitales donde lo busca, y si en la obscuridad de esta mansion se traslucen sus virtudes, huye y vá á sepultarse vivo en la cueva de Manresa. Aquí, como otro Estilita sobre la columna, se entrega á la práctica de la mas austera mortificacion, y como Juan Bautista, no solo es penitente, sino la penitencia misma. Dios no trata á Ignacio como á una alma flaca y delicada que la atraiga por medio de sus espirituales consuelos; no, él le hace marchar al traves de las obscuridades y asperezas, le trata como á un hombre ya robusto y perfecto, déjale sin dulzura, sin consuelo, sin seguridad. Ignacio tiene que combatir contra sí mismo; las mas crueles incertidumbres le atormentan. ¿Seré yo predestinado, ó seré réprobo? ¿Me he confesado bien ó me he confesado mal? ¿La manifestacion que he hecho de mi conciencia ha sido exacta, ó desfigurada? Escrúpulos importunos, penas interiores, aridezes, tédios y disgustos, ¿no me dareis un solo momento de reposo?—Asi lucha, asi combate; mas ¿quien no vé la indispensable necesidad que Ignacio tenia de luchar durante la noche, para triunfar en el dia? Vencerse á sí mismo por virtud, poco era para el héroe de la gracia; pero triunfar de Dios mismo por su fidelidad, por su inmoble constancia, esto era lo que habia de disponer al nuevo Jacob para resistir sin dificultad despues á las persecuciones de los hombres. *Si contra Deum fortis fuisti, ¿quanto magis contra hominis prevalævis?*

A un solo golpe de vista se descorre ante sus ojos el velo del porvenir: las cadenas, las contradicciones, las agonias, los tormentos que se le preparan, se presentan á su espíritu: el mundo que ántes no podia pasarse sin él, por una revolucion completa se trasforma todo en ojos para mirarle con desprecio, todo en pies para hollarle con furor, todo en manos para ultrajarle indignamente. En Manresa es el ludibrio de los muchachos: en Barcelona se le maltrata hasta dejarle como muerto en una plaza; en Alcalá le reputa el pueblo por un nigromántico ó por un herege; en Lombardía se le tiene por un espía de los franceses, y no es despedido sin cargarle de injurias y de golpes; en Salamanca es tratado como un sedicioso, cargado de oprobios y de cadenas, y sepultado por el espacio de veinte y dos dias en un horrendo calabozo. Paso en silencio, señores, los vergonzosos pero injustos castigos con que es amenazado en Paris, las calum.

nias que sufre en Roma, y nada diré de ese espíritu de intriga y de artificio, que Venecia atribuye á un Santo que reprime los impíos y que detesta los hipócritas. Para comprender todo lo que padece Ignacio, sería necesario recordar lo que los mártires han sufrido sin morir; y para formarse una justa idea de la generosidad y constancia cristiana que manifiesta y sostiene en medio de tan terribles pruebas, yo no hallo otro punto de comparacion, que el de una roca embestida siempre de las tempestades, pero inmóvil siempre en medio de las olas. Ignacio siempre sereno, adora la mano que le hiere, y fiel discípulo de Jesucristo, habla bien de los que le calumnian, y forma tiernos votos por los que le persiguen. Siendo naturalmente bilioso, se hace flemático por virtud; el desprecio ó la alabanza, el aplauso ó la persecucion, todo es indiferente para él que solo busca la mayor gloria de Dios; él es todo lo que la gracia quiere, afable ó severo, triste ó festivo, cuan lo es necesario; y esta posesion de sí mismo le viene del fervor de su oracion.

En el hospital de Santa Lucia, á donde por vivir desconocido y humillado ha escogido su habitacion, Dios le eleva á un éxtasis, cuya duracion es de ocho dias; suspenso el uso de los sentidos, durante este prolongado intervalo casi se le tiene por muerto; y para hablar de este asombroso rapto, es necesario distinguir con San Bernardo dos suertes de sueños, ó dos suertes de muertes. El primer sueño, ó la primera muerte, soporiza las ilusiones de los sentidos y los movimientos de la naturaleza; esta muerte no quita la vida, sino la cambia en mejor, y sin arruinar el cuerpo, purifica el alma de los justos. El segundo sueño en nada se parece á las imágenes del mundo, ni á las cosas de la tierra; él es el privilegio de los ángeles, que siendo puros espíritus, nada tienen que ver con los objetos que á nosotros nos afectan. En este inefable reposo el alma tiene un dulce sueño. ¿Y cual es? Lo diré con San Bernardo: este sueño es Dios mismo: *Deum dormiet*. El alma no le vé con aquella luz que solo es propia del Cielo, porque las nubes de la mortalidad aun se lo estorban; pero si no lo vé al descubierto, no por eso deja de gozar de su presencia, y de gustar sus consolaciones divinas: este es el dulce sopór de la esposa de los cantares; "hijas de Jerusalem, yo os conjuro, que no interrumpais el sueño de la esposa!..." Habitantes de Manresa! yo os suplico que no turbeis el sueño de Ignacio.

¿Mas quien podrá hablar exactamente en materia tan sublime? A la manera de una ave péndula en los aires con las alas extendidas y sin movimiento: cual el tierno infante adormecido en el seno que le dió el ser, y chupando al mismo tiempo el néctar de sus pechos: como un manso rio que con

plácida e alma desarrolla el volúmen de sus aguas; tal es, si con estos símbolos puedo darme á entender, el éxtasis de Ignacio. Allí se abre á sus ojos el libro del Evangelio; allí el cordero del Apocalipsis rompe el sello de las Escrituras; allí descubre la divina sublimidad de los misterios; allí contempla con placer y con asombro lo que el espíritu puede admirar, pero lo que la lengua seria incapaz para decir; allí desaparecen las sombras; todo es luz, todo inteligencia en tanto grado, que si las Escrituras se hubieran perdido, nada se habría perdido para Ignacio. Es en esta comunicacion inefable que él forma el designio de esa inmortal Compañía que yo me represento como la que formaba la fuerza y el ornato de la augusta Reina del Apocalipsis, brillante como el sol, coronada con las estrellas, con la luna por escabel, y siempre bizarra, siempre superior á sus enemigos.

Paso en silencio, señores, la multitud de favores celestiales que se siguen á este raptó sublime: la aparicion de la Santísima Virgen, durante la cual siente Ignacio correr por su corazon y aun por sus venas, un fuego divino que le purifica, que le depura, que boria de su imaginacion todas las especies de los deleites sensuales; y nada diré de aquella abstraccion de todo lo terreno, de aquel profundo recogimiento, de aquel espíritu á quien para arrebatarse en extáticos trasportes no es ménos poderoso el espectáculo del Cielo, que el simple aspecto de una flor. Dejo, católicos, por unos momentos de contemplar á Ignacio, y bajo mis ojos para deplorar nuestra funesta tibieza y disipacion, que embotando las impresiones de la gracia, la hacen en nosotros infecunda. Atended por vida vuestra á este punto importante de moral.

Los placeres divierten y desaparecen, la grandeza halaga y embaraza, las riquezas nos corrompen, la necesidad nos inquieta, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los negocios nos disipan, entorpecenos el descanso, las ciencias nos hinchán, extravíanos la ignorancia, las concurrencias nos distraen, la soledad nos cansa, los placeres nos engañan, las obras santas nos llenan de propia estimacion: en una palabra, la indispensable ley de las compensaciones ha mezclado el bien con el mal; todo tiene su veneno; nosotros lo sabemos; una constante experiencia nos lo enseña, y sin embargo no nos aprovechamos. ¿De qué proviene esta desgracia? De nuestra poca asiduidad en el ejercicio de la oracion.

Dadme una alma que haga de la oracion su estudio, y yo os daré una alma disgustada del mundo, aplicada á Dios solo; ella contemplará su gloria, y todo lo que no es Dios desaparecerá á sus ojos. Isaías contempla la gloria del Señor, y todas las grandezas humanas no son sino un átomo á su

vista: *vidi gloriam Domini*. Esta gloria rebaja todo, confunde todo, iguala todo: los rayos del sol se eclipsan con sus luces; la extension del Cielo se arrolla á su inmensidad; los tesoros del mar se agotan á la vista de sus riquezas; los cetros y los báculos, las coronas y las tiaras, todo viene á deshacerse á los pies de su trono para rendirle homenaje. ¡Y qué es la gloria del mundo? Yo he visto la tierra, añade el iluminado Profeta, yo la he visto, y espantéme al verla vacía y llena de nada, *aspexi terram et vidi quod erat vacua et plena nihil*: como si dijese, de tal modo llena, que por lo mismo se halla vacía, porque todo lo que contiene, aunque parece algo, en la realidad es nada; *erat vacua et plena nihil*.

¡Gloria mundana! Los hombres hacen de tí un ídolo al que sacrifican la gloria del Omnipotente; Ignacio, empero, te pone en un punto de vista tan lejano, tan opuesto, que eres como la nada á sus ojos; ó mas bien, él te trata como una víctima que inmola no como quiera á la gloria, sino á la mayor gloria de Dios. Católicos, si nosotros imitáramos su conducta, tendríamos su mismo modo de pensar, y mirando la tierra, nos parecería vacía y llena de nada; pero como nuestra vida es disipada, como no consagramos algunos momentos á la reflexion, ¿qué hay que admirar que la gracia sea estéril en nuestro corazon, y que la Iglesia no halle en nuestras acciones la misma fecundidad que halla en San Ignacio? *Lauda sterilis...* es mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Al contemplar los inmensos servicios de toda clase, hechos á la Iglesia en Ignacio y por Ignacio, mi espíritu desfallece, mi memoria se confunde, y mi entendimiento asombrado se pregunta: ¿no es éste mas que un hombre? ¿sus discípulos no son él mismo? Si no fuese falsa la definicion que un filósofo dió del alma, diciendo que no es otra cosa que Dios mismo morando en el cuerpo humano: *quid voces aminam, nisi Deum in humano corpore hospitem*; yo creeria hallar en Ignacio la prueba mas plausible; y si la metempsícosis de Pitágoras no fuese una ridícula extravagancia, yo diría que cada Jesuita es Ignacio. Porque sea, señores, que considereis la Iglesia como el ameno jardin de que se habla en los cantares; ó como un magestuoso edificio, cuyos fundamentos basados sobre la piedra angular, Jesucristo, son los Apóstoles y Profetas, cual la considera San Pablo; ó finalmente como un reino espiritual, como la ha calificado su divino fundador y legislador; es preciso que haya quien cultive este jardin, quien sostenga y repare este edificio, quien extienda y amplifique este reino. Ignacio

y sus hijos desempeñan perfectamente estas funciones, cada una á cual mas importante y sublime, y yo me lanzo gustoso en la inmensa carrera que se presenta á mis ojos.

Jesucristo Nuestro Señor, ántes de dar principio á su divina mision con la eleccion de sus Apóstoles ora fervorosamente, dice San Lucas: Ignacio fiel discípulo, ora, y en el fervor de su oracion la tierra tiembla, rómpense los cristales de las ventanas de su aposento, y en uno de sus muros se forma una larga cavidad que permanece hasta hoy. Esta es una nueva Pentecostes para Ignacio, que debe ser fuego para abrasar todo el mundo, que debe poseer todas las lenguas, porque él y sus discípulos han de predicar el Evangelio á toda lengua, y á quien todo el amor es necesario para resistir al odio de todo el mundo. Prevenido de la voz de Dios que le exalta, de la mano de Maria que le sostiene, del espíritu de San Pedro que le anima, Ignacio forma el grandioso designio de atacar el desorden do quiera que se encuentre.

La Divina Providencia atenta siempre á las necesidades de su Iglesia, suscitó siempre grandes y esforzados campeones que la defendiesen; la historia lo demuestra; pero si para cada error, para cada heregía, ha habido siempre por lo menos un atleta, para la hidra de todas las heregías era necesario un hombre singular y extraordinario. Y si como enseña el filósofo, *contrariorum contraria est ratio*, yo aseguro sin temor de exagerar, que en Ignacio deben reunirse las virtudes de los ilustres defensores de la Iglesia, porque debe combatir contra el que, siendo uno solo, resucita los errores todos. Hablo, señores, de ese infame monstruo, eco de todas las heregías, nefando progenitor de los impíos, que con Simon Mago niega el libre albedrio, con Eunomio la necesidad de las buenas obras, con Carpócrates que no dañan los pecados, con Montano que la penitencia no es sacramento, con los Donatistas la perpetuidad de la Iglesia y autoridad del Romano Pontífice, con Joviniano que la virginidad es mejor que el matrimonio, con los Maniqueos é Iclonoclastas el culto y la invocacion de los Santos.... de ese monstruo que con sus pestíferas doctrinas pone los primeros fundamentos de ese nefando sistema anglicano destructor de la soberanía y potestad de la Iglesia: de Lutero.... señores, lo nombré y lo dije todo. Pero sin detenerme en hacer resaltar el mérito del nuevo David con la descripcion del infame Goliath, volvamos á Ignacio, que venciendo todos los obstáculos que se oponen á su zelo, que tomando á su cuidado el jardin de la Iglesia, arranca, y destruye, planta y edifica.

¿Y por donde pensais que comienza esta grande obra? Por los principios que los niños estudian en las escuelas. Ignacio de las ilustres casas de Balda y de Loyola, page de

honor y favorito del Rey Católico, distinguido con la confianza del Duque de Nájera grande de España, el bizarro comandante de Pamplona: Ignacio, en la lozana edad de treinta y dos años, concurre á la escuela con los niños para aprender los rudimentos de la gramática. ¡Qué de virtudes reunidas en una sola accion!... ¡Simplicidad, obediencia, modestia, fervor, abnegacion de sí mismo, desprecio del mundo, ansia insaciable de ser útil á la Iglesia! Yo no tengo tiempo sino para miraros de paso por seguir á Ignacio en su rápido curso. Casi en un instante pasa de Francia á España, de España á Italia, y recalando sobre sus pasos, enseña á todo el mundo, que él no visita á los reinos sino para procurar por todas partes ministros al Evangelio; y mientras que divide la tierra entre los primeros apóstoles que ha ganado para Dios, enviándolos como corderos dispuestos ó á perder la vida, ó á plantar la fé, apresurémonos á ver lo que él mismo hace en Europa.

Miradle, señores, en un estanque helado, en lo mas riguroso del invierno, esperando allí al paso á un pecador torpe para avergonzarle de su culpa á vista del espectáculo de una tan áspera penitencia, conjurándole con las mas tiernas expresiones, y protestándole que allí permanecerá hasta perder la vida sino vuelve sobre sus pasos para apaciguar la cólera del Cielo. ¡Los siglos pasados vieron una cosa semejante?—No se me ocultan los rasgos heróicos que refieren Plutarco, Valerio Máximo y San Ambrosio, ya de una Lucrecia que rehusa sobrevivir á su deshonor, de un Damocles que se dá la muerte ántes que cometer una impureza, del jóven Espurina que se acuchilla la cara de temor que su belleza sirva á un funesto atractivo; y ya en las vidas de los Santos, de un San Benito que se arroja desnudo en medio de una zarza erizada de espinas para apagar con la efusion de su sangre las llamas de la concupiscencia. ¡Pero qué otro que Ignacio se ha sacrificado por la pureza agena? Seguidle, señores, y lo vereis que en Barcelona reforma una casa religiosa; en Alcalá convierte á un hombre que ocupaba una de las primeras dignidades de la Iglesia de España; en Salamanca trabajando con feliz suceso en la conversion de los pecadores; en Paris ganando en un solo Xavier un mundo entero de almas para Jesucristo; y sobre todo, en Roma, teatro principal de su zelo, predicando con un fervor que arranca lágrimas de los ojos de cuantos le escuchan, recorriendo las calles y plazas para catequizar é instruir á los rudos é ignorantes, haciéndose niño con los niños, para infundir en sus tiernas almas el precioso bálsamo de la doctrina, arrancando de los lupanares mismos, en cuyas inmundas cloacas no rehusa penetrar, las infelices víctimas de la prostitucion.

Pero mientras Roma asombrada contempla y aplaude estos prodigios del zelo de Ignacio, yo veo brillar allá aquellas

siete grandes lumbreras del hermoso Cielo de la Compañía, las primicias del Gran Padre, cuya posteridad brillará como las estrellas del firmamento; aquellos astros que irán á iluminar á Francia, al Piamonte, á Alemania, á Irlanda, á Italia, al Japon y á las Indias. Hablo, señores, de los primeros hijos de Ignacio, sobre quienes su grande y multiplicado espíritu toma todas las formas y comunica impresiones diversas. El dá á Francisco Xavier un corazon capaz de abrasar todo un mundo; á Pedro Fabro el arte de las artes, como lo llama San Gregorio, de gobernar las conciencias y de curar los escrúpulos; á Diego Lainez la virtud de pronunciar oráculos en el Concilio de Trento; á Alfonso Salmeron le instruye en la manera con que debe comportarse en la nunciatura de Irlanda; descubre á Nicolas Bobadilla la felicidad de las almas que sufren algo por la justicia; y Simon Rodriguez no sosten-
dría la santidad de su vida, si no siguiese dócilmente los consejos de Ignacio. ¡Qué hombres tan grandes! católicos; su extraordinario mérito paraliza mi lengua, y yo respeto con mi silencio estos hombres eminentes sobre los que Ignacio trasmite todo su espíritu para que concurren con él á sostener sin intermision el edificio de la Iglesia.

Un Aquilon furioso conmueve y sacude las columnas de este edificio: un reino entero se sume en la asquerosa tumba que le abriera la lubricidad de Enrique VIII: los infieles, los hereges, los libertinos se declaran contra la Iglesia: al infame Luthero se reunen Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Melancton, Carlostadio, Bucero, Richer, y otro vil puñado de apóstatas; mas no temais; el Señor ha puesto á Ignacio como una columna de bronce y un muro de hierro; esas furiosas olas que amenazan engullir la nave de Pedro, vendrán á estrellarse contra el Paladion y el baluarte que Jesucristo ha colocado en su Iglesia. Corrompida la Alemania por el cáncer de la heregía, la Italia septentrional era por su proximidad la mas amenazada: allá envia Ignacio los primeros socorros; la fé vacilante es sostenida, y aseguradas las conciencias timoratas. De aquí se acude al pié de los Alpes; el pendon de la fé que lleva por todas partes la victoria, es llevado á Viena, de aquí á Flandes, luego á España, á Francia, á Suiza, y todos estos paises se salvan del contagio del protestantismo.

El Señor que parecia haber desamparado á su Iglesia, pero que siempre la ha sostenido, le dá en Ignacio el reparador de todas sus ruinas. ¿Son las tinieblas de la ignorancia las que han ofuscado su esplendor? ¿El oro de su tabernáculo se ha empañado con los crasos vapores que exhala el santuario mismo? ¿Las calles de Sion están desiertas porque no hay quien venga á la solemnidad? ¿Piden los niños el pan sin que haya quien se lo distribuya? Ahí está Ignacio para ocurrir á todo, para

reparar todo, para sostener todo. Hablen por mí esos edificios que levanta ya para los judios convertidos, ya para asilo de mugeres en peligro, ó para recoger huérfanos y desamparados; los colegios romano y el germánico en la capital del mundo cristiano, y los que se abren por todas partes para instruir en la piedad y en las letras á la juventud; esas casas religiosas donde se restablece la observancia regular, donde el fervor sucede á la relajacion, el estudio á la holgazanería, la ciencia á la ignorancia, la paz á la discordia, y al odio la amistad. Su zelo restablece por todas partes el uso frecuente de los Sacramentos, despierta la piedad y exita á la penitencia. Aquí se le vé pasar muchos dias sin probar bocado para doblar la misericordia del Señor en favor de un hombre perverso; allá se le vé caminar ayuno desde Paris hasta Ruan por asistir en su enfermedad al mismo que en otro tiempo le habia traicionado y robado, y procurarle en su extremidad un momento favorable y propicio. Todo para todos, cual otro Pablo; el infiel y el ateista, el herege y el libertino, el justo y el pecador, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el príncipe y el vasallo son objetos de su zelo.

Tan multiplicadas atenciones coronadas de frutos inmensos, ¿no parece que debieran satisfacer los deseos de Ignacio? No señores; el corazon de Ignacio era el corazon de todo el mundo; este es el elogio que el Crisóstomo hace del divino Pablo; *totius orbis cor*: su zelo no tiene mas límites que los que Dios ha puesto á este mundo visible; y la difusion de la luz de la fé, la extension del reino de Jesucristo, la conquista del mundo es lo que él se propone, no para hacer callar la tierra en su presencia, segun la expresion de la Escritura hablando de las conquistas de Alejandro, no para que se admiren sus hazañas, como sucede á los héroes profanos, sino para que por todas partes reine Jesucristo.

Mas cuando hablo de la amplificacion de este divino imperio, seria necesario que yo os representase á Ignacio como un elevado y corpulento árbol que cubre toda la tierra con sus ramas, y de cuyos frutos saludables y deliciosos se alimentan todos los hombres; ó mas bien que con una esfera en la mano, y señalándoos los paises y regiones, los pueblos, villas, ciudades, provincias y reinos, repitiese á cada paso: no hay parte en el mundo que no sea convertida ó instruida por Ignacio ó por sus hijos. No se pregunte ya con el Profeta ¿quién hará cantar el cántico del Señor en una tierra extraña, en la China, en el Japon, en las Indias, en los paises mas bárbaros? Es Ignacio quien lo hace; el Señor le ha establecido para ser el reconciliador del pueblo y la luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, romper las cadenas de los cautivos y ser el consuelo de los afligidos. ¿No es

Ignacio el que ha tremolado el estandarte del Crucificado en las tierras de los infieles? ¿No es él quien envia todos los dias sus hijos, hasta las mas lejanas naciones, hasta las extremidades de la tierra, entre las nieves y hielos, los rigores del invierno y los ardores del estío, á la Africa, la Libia, la Grecia, á las hordas de salvages armadas de flechas, á los que nunca oyeron hablar de Dios? Sí, es Ignacio quien de todas partes adquiere hijos para la Iglesia, pero con tan feliz éxito, en tanto número, que agradablemente sorprendida esta tierna y augusta madre, se vé obligada á esclamar: ¿Quién es el que me ha engendrado estos hijos, yo que era estéril y no concebía, yo que habia sido arrojada de mi país, yo que gemia cautiva? ¿Quién me ha procurado tanta gloria, quien me trae mis hijos de las extremidades de la tierra, quién me los sostiene y alimenta? ¿Quién??? Sucumbo, señores, bajo el enorme peso de mi asunto, y es preciso que yo calle para dejar hablar á la Europa, á la Asia, á la Africa y á la América.

“¿O Gran Dios, decia San Juan Crisóstomo, quien no rendirá homenaje á vuestro poder, cuando reflexiona en la grandeza del héroe que vos habeis mostrado á la tierra en un San Pablo! *¿Quis non loquatur potentias tuas Domine, quia talém virum orbi terrarum ostendisti!* ¿Y quien no reconocerá el poder de vuestro brazo, Dios mio, al contemplar lo que habeis hecho en Ignacio y por Ignacio! Se creería, continúa el elocuente panegirista del Apóstol, se creería que la victoria vuela delante de sus deseos, y que ménos combate que triunfa: *ad promptam expeditamque veniens victoriam*. El trastorna, confunde, destruye las astucias, los esfuerzos, los furors del infierno; sin permitirse un momento de descanso, vuela de los que ha convertido, á aquellos que proyecta convertir, *avolat ab his ad illos vix mora interposita*. Este es un rápido vencedor que cada dia, y acaso á cada instante enriquece á la Iglesia con nuevos despojos; *singulis diæbus, imo singulis horis trophæa erigens*. A su aspecto las ciudades se rinden; apresurados los pueblos ofrecen su cuello al yugo que les impone, y se hacen una felicidad de ser sus cautivos; *omnes accurrebant*. Ve al universo armado contra él por la fuerza de las preocupaciones; y á su presencia las preocupaciones se disipan, el universo se somete, *adversus orbem terrarum omnia perficiebat*. En la celeridad de su curso, él iguala, ¿qué digo? él sobrepuja la ligereza misma de los vientos, *vento celerius*.”—Así hablaba el elocuente Arzobispo de Constantinopla de los asombrosos sucesos de San Pablo, y cuando los mismos rasgos convienen á Ignacio, yo no dudo aplicarle el mismo elogio. En Ignacio y por Ignacio la heregía confundida, la verdad triunfante del error, restablecida la piedad, sostenida la Iglesia, educada la juventud, tremolado el estandarte de la Cruz en los países

nfieles, multitud de pueblos sometidos al imperio de la Iglesia, y sobre todo, un mundo entero ganado á Jesucristo por solo un discipulo de Ignacio, por Xavier....Xavier !!! ¡Creador de un pueblo nuevo, gefe de una nueva Iglesia, en medio de los templos que levanta, de los altares que consagra, de los fieles que forma, de los mártires que anima, de los ídolos que rompe, de los Reyes que dirige, de un mundo entero que gobierna, que santifica; siempre superior á sus trabajos, por sus designios, y superior á sus designios por sus deseos....! Señores, yo apenas bosquejo un cuadro, que el mas hábil talento desesperaria poder acabar. Cierro mis ojos para no perder el rumbo sobre mil maravillas de este género; y como aun me queda un espacio inmenso que recorrer, me apresuro á manifestaros á Ignacio restituyendo al Cielo su fecundidad natural: *Lauda sterilis*....Respiremos un momento.

TERCERA PARTE.

Dos vehementes deseos combaten y oprimen mi corazon, decia San Pablo; *coartor ex duobus*. Yo quisiera que las cadenas de la mortalidad que me retienen cautivo, se acabasen de disolver para volar al Cielo y morar con Jesucristo; mas viendo que puedo ser necesario para vuestra salud, yo quiero permanecer sobre la tierra, y que se difiera mi felicidad: *multo magis maneré propter vos*. Noblemente émulo Ignacio de Pablo, se expresa en estos términos: "si estuviese en mis manos la eleccion, ó de morir en el momento con la certidumbre de ir al Cielo, ó de quedarme en este mundo con la seguridad de convertir una alma, aunque con incertidumbre de la mia, yo no vacilaria en permanecer sobre la tierra." ¡Oh alma grande y generosa! ¡Oh Ignacio en quien todo es extraordinario y heróico! Si el mas abrasado amor causa en vos unos afectos que dividen vuestro corazon entre el Cielo y la tierra, entre el deseo de ver á Cristo y salvar las almas redimidas por Cristo; ese mismo divino fuego que produce efectos al parecer tan opuestos, sabrá unirlos y amalgamarlos: vos partireis al Cielo, y al mismo tiempo permanecereis en este mundo para llenar todos los vacíos del Cielo.—¿Y cómo? Por sus escritos, y por sus hijos; este es el duplicado espíritu del nuevo Elias. *Lauda sterilis*

Para ayudar al hombre en las sendas de la vida cristiana á fin de que pueda arribar á la perfeccion, los maestros de la vida espiritual han escrito libros en que brillan pensamientos sublimes, métodos excelentes, motivos eficaces: yo no disminuyo su mérito, los admiro y aprecio; pero permitidme decir, que un solo libro lo contiene todo. Hablo, ya me entendeis, de ese libro que compone Ignacio al comenzar la carrera de su

penitencia, el libro de los ejercicios; libro santo que expresa al natural los sentimientos de su autor, y que comprende tantas sentencias como palabras; libro santo que los pecadores no pueden leer sin conmovirse, los penitentes sin deshacerse en lágrimas, los justos sin perseverar; libro santo fecundo en milagros, y aun el mas grande de los milagros de Ignacio; libro divino escrito con especial luz de Dios, con particular influencia y enseñanza de la Santísima Virgen Maria; libro que oculta en sí el maná, la médula del Líbano, y toda la energía del grano de mostaza del Evangelio; libro admirable calificado con la autoridad de la Silla Apostólica, y á cuyo mérito y utilidad rinde homenaje todo el mundo; libro sublime que como el del Angel del Apocalipsis, produce la amargura y la dulzura, la salutífera amargura de la compulsion y penitencia, y la dulzura de aquel amor santo que, en lenguaje de San Bernardo, no atormenta sino deleita, no enerva sino robustece, no turba sino tranquiliza, ó que, como el misterioso volúmen de Exequiel, llena el alma y la satisface; libro, que ha dado al mundo un Xavier, perfeccionado á un Borromeo, á un Sales, á un Avila, á una Teresa de Jesus.... cien mas, que desde que se publicó hasta hoy, y desde hoy hasta la consumacion de los siglos, ha dado, y dará al Cielo almas.... ¡Cuántas!!! ¡Podrán numerarse las estrellas del firmamento, reducirse á guarismo las arenas del mar?..... Este es un vasto piélago en que se pierde la brújula, y solo hasta el gran dia de la revelacion, en que tras el pendon de Ignacio aparezca esa turba que nadie puede enumerar, de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, se comprenderá el inmenso servicio que, con solo el divino libro de los ejercicios, ha hecho el incomparable Ignacio de Loyola.

Si del libro de los ejercicios paso al de sus constituciones.... ¡oh y que fecundidad para el Cielo! Era necesario á San Ignacio un corazon abrasado en el fuego de la caridad, para comenzar sus *Constituciones* por estas preciosas palabras: "El fin de nuestra Compañía es no solamente la santificacion particular de los miembros que la componen, sino la perfeccion religiosa, y la salvacion del prójimo. No hay pais tan lejano, ni region tan desierta, que nosotros no estemos dispuestos á adoptar por patria, si allá nos llaman el servicio de Dios y la salvacion de las almas." El pensamiento es grande, católicos, el proyecto es vasto y digno de una alma noble y generosa; él sirve de base á la constitucion entera, y todo, todo es sacrificado á este primer movimiento. ¡La riqueza y la familia retienen al hombre en el suelo natal? El Jesuita hace voto de una real y efectiva pobreza, y de una completa abnegacion. ¡Los honores y las dignidades eclesiásticas, fijando al individuo obligan á la residencia, y

vienen á ser algunas veces objeto de ambicion? Ignacio quiere que sus hijos merezcan las dignidades; pero no que las acepten, y de temor de que procurando en las altas funciones del apostolado la salvacion agena, se olviden de la propia, él ordena dos años de noviciado; un tercero al fin de los estudios, y acompañados de treinta y tres dias de ejercicios espirituales; prescribe la renovacion de los votos dos veces al año, oracion mental indispensable, confesiones generales, exámenes particulares, penitencias extraordinarias, conciencia franca, descubierta; nada es olvidado. Y todo esto, no es que está allí escrito para que sirva de un vano simulacro, no; es que se observa y practica exactamente. Pero especialmente, señores, ved lo que despues de tres siglos mantiene todo el vigor del espíritu de San Ignacio, sin que haya padecido como otras instituciones por la fatal lei de los tiempos; hablo de esa obediencia ciega que promete el religioso. Cada Jesuita, por amor de Jesucristo, es respecto de su superior, lo que un cadáver á las manos de quien lo maneja, ó lo que á un anciano el dócil baston que le sostiene.

Mas no nos detengamos en la letra; vamos á ver estas reglas eminentes, vivas y animadas en sus profesores; estas constituciones que hacen la fuerza de esa inmortal Compañía, en tanto grado, que un célebre Jesuita decia, que uno solo de sus hermanos que quedase, bastaria para perpetuarla sobre la tierra; esta Compañía jamas relajada, nunca desfallecida, siempre jóven, siempre vigorosa como en el tiempo de Loyola, que lanzándose en el mundo como un rio de fuego, calienta y reanima, vivifica y abrasa, ilumina y enciende. Hablo señores, de la fecundidad que los hijos de Ignacio dan al Cielo, ya como misioneros de los pueblos, ya como maestros de la juventud; y aunque el asunto es inagotable, voy á compendiarlo.

Sus palabras han sido oídas por todas partes, y los últimos ángulos de la tierra han resonado con el eco de su voz: *in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum*. Solo con estas enérgicas palabras del Salmista, puede darse una idea de esos hombres que vuelan como las nubes, segun la expresion de un profeta, para ir á regar con el rocío del Evangelio, áridas y tenebrosas regiones cubiertas con las sombras de la muerte: de esos hombres que, no menos intrépidos que desinteresados, renuncian todo, parentezco, amistad, patria, fortuna, la vida misma por ir á las extremidades de la tierra á llevar la luz de la verdad, el conocimiento de Dios: de esos hombres á cuyo aspecto las montañas se conmueven, hínchense los valles, ciérranse los abismos, cálmense las tempestades, sujétanse los bárbaros, vienen á tierra los ídolos, bambalean y desmorónanse los templos, levantándose sobre sus escombros nuevas Siones, nuevas Jerusalenes, que

renuevan á la imaginacion asombrada, el esplendor y belleza, la santidad y perfeccion de los primeros dias del cristianismo, del siglo mismo de los Apóstoles.

¿Os parece, señores, que al expresarme de esta manera sea un mero entusiasmo el que me arrebate; ó que porque hablo de lo que amo, tenga mas parte en mis palabras la pasion que la verdad? Pues oid á Marcelo II, que dice: "que desde los Apóstoles nadie ha trabajado tanto en la conversion de las almas, como los Jesuitas; á Gregorio XV, que ellos han ganado mas almas para Dios, que el valor de los romanos ganó gentes al imperio; á Urbano VIII. que son incomparables en el establecimiento de la Iglesia; á Clemente XIII..... Pero no; aunque sea tan respetable para un católico el juicio de la Silla Apostólica, yo quiero que oigais testimonios de otra clase. "Durante siete años que he vivido con los Jesuitas, dice "Voltaire, ¿qué es lo que he visto? La vida mas laboriosa y "la mas frugal; todas las horas repartidas entre los cuidados de "nuestra educacion, y los ejercicios de su profesion austera; "millares de hombres educados allí conmigo lo testifican; estos "son hombres que en Europa llevan la vida mas dura, y que "van á buscar la muerte á las extremidades de la Asia y de "la América." "El Paraguay, dice Montesquieu, puede darnos un ejemplo de estas instituciones singulares hechas para formar los pueblos á la virtud." "Las misiones, dice Buffon, han formado mas hombres en las naciones bárbaras, que las que han sujetado las armas victoriosas de los príncipes." "No temo avanzar, dice Muratori, que la Iglesia católica no tiene misiones mas floridas que las que dirigen los PP. Jesuitas." "El nombre de Jesuita, decia el célebre Lalande, interesa y conmueve mi reconocimiento y mi corazon: Carvalho y Choiseul han destruido la mas bella institucion de los hombres, *con la que no es comparable ningun otro establecimiento sublunar.*"

Ahora, señores, comparad estos y otros mil testimonios que la premura del tiempo me obligan á omitir, con esa indigesta congerie de rústicos absurdos, de miserables calumnias que no ha temido publicar el furor, y no se ha avergonzado de oír la necedad. No es hoy mi ánimo hacer la apología de los Jesuitas, porque además de no ser ya necesario, yo he tenido la gloria de haberlo hecho por dos veces en otras circunstancias; pero tratándose hoy de los inmortales laureles que adornan nuestra Compañía, os recordaré mas de 800 Jesuitas que, dóciles á su instituto, han sido martirizados por la fé en el solo espacio de un siglo, y mas de diez mil que, aunque no hallaron el martirio en las misiones, no han buscado otro comercio que el de las virtudes, ni otro imperio que el de la fé. Haré desfilar á vuestra vista esa multitud de tribus bárbaras Canivales, Hurones, Iroqueses, Canadeses, Itillineos, Ethiopes, Lapones,

Tártaros, y tantos otros cuyos nombres solos resistiéndose aun á la pronunciacion, anuncian con su aspereza la dureza inculta del terreno, y la índole bárbara de la nacion donde los Jesuitas, ya fluctuando en canoas, ya discurriendo por abrasados arenales, alimentándose de yerbas silvestres ó de raíces amargas, vistiéndose con las hojas de los árboles ó con los despojos de las fieras, corriendo de dia de cabaña en cabaña, alojándose por la noche en los huecos de las rocas, ó atados á una rama en lo alto de los árboles, muchas veces pasados de agua, no buscaron otros bienes que la salvacion de las almas, ni otros frutos que la palma del martirio. Correré el terreno conquistado por los Jesuitas en los Llanos en una latitud de mas de 800 leguas, y en esta inmensa extension vereis á los Muiscas, Achaguas, Airicos, Giraras, Chiricoas, Sálivas, Caribes, y otras naciones alumbradas con la luz de la fé. Volaré á recoger mil troféos al Perú, á Méjico, al Siam, á la China, al Tomking, á la Ethiopia, á la Criméa, á la Caldéa, á la Siria, á Calcuta, al Maduré.... faltame la respiracion. Baste repetir aquí lo que acaba de decir el célebre Bálmes, sábio que ocupa hoy un puesto eminente en la literatura del siglo: "No se puede viajar, dice este gran literato, en las tierras mas distantes, en las mas remotas regiones, atravesar mares desconocidos, abordar á las playas mas lejanas, penetrar en los mas espantosos desiertos, sin hallar por todas partes las huellas y el recuerdo de los Jesuitas; así como no es posible acercarse á un solo estante de toda biblioteca, sin hallar al momento los escritos de algun Jesuita. Orden célebre, que desde los primeros años de su existencia tomó la estatura de un coloso y desplegó las fuerzas de un gigante; orden que pereció sin haber experimentado desfallecimiento, que no siguió el curso ordinario de las demás ni en su fundacion, ni en su desarrollo, ni en su caida misma; orden que, reviviendo hoy, exita la atencion pública en tal alto grado, que su solo nombre desconcierta á sus enemigos; pues que no se desprecia á los Jesuitas, se les teme; orden, en fin, que, segun una palabra llena de verdad y de exactitud, no ha tenido ni infancia, ni vejez." Asi se piensa, así se habla hoy en la culta Europa de los Jesuitas.

Hombres tan eminentes en la propagacion de la fé, no lo son menos en la cultura y educacion; y porque en esta parte tampoco se me crea parcial, yo voy á producir testimonios nada sospechosos. "Añadamos, decia D' Alambert, añadamos, porque es preciso ser justos, que ninguna sociedad religiosa, *sin excepcion*, puede gloriarse de un tan grande número de hombres célebres en las ciencias y en las letras, como los Jesuitas; ellos se han ejercitado con ventaja en todos los géneros de elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura profunda y agradable."

En 1806, es decir, en una época en que en la Francia, nadie se atrevía á hablar en favor de los Jesuitas, el Conde Lally-Tolendal, miembro de la Academia Francesa, escribía, que sobre la escandalosa injusticia que se habia cometido en la expulsion de las Jesuitas, *una llaga incurable se habia hecho á la educacion pública.* ¿Y qué nos dice esa escuela histórica del protestantismo alemán é inglés que se distingue en nuestro siglo por su ciencia, criterio y exactitud, como saben los eruditos? Siento que me falte el tiempo para emitir todo lo que dice en el particular, y solo repetiré lo que uno de sus sábios colaboradores, Ranke, ha dicho: "Que la extincion de esta Compañía que habia hecho de la educacion de la juventud su principal objeto, *debía necesariamente conmover al mundo católico hasta en sus cimientos, hasta en la esfera en que se forman las nuevas generaciones.*"

¿Mas para qué me detengo hojeando en los escritos de los antiguos y de los modernos testimonios del mérito eminente, de la indecible utilidad de los Jesuitas para las misiones, para la educacion, para todo en una palabra, cuando la magestuosa y fuerte voz que resuena del uno al otro polo, justificando con un solo eco á las discípulos de Ignacio, les llama de todas partes como el remedio de todos los males? ¿cuando, como ha dicho en estos dias un lutherano profesor de una Universidad en Alemania: "Que la experiencia, (y ¡qué cara experiencia! añado yo) que la experiencia ha probado cuantos funestos progresos han hecho las doctrinas irreligiosas despues de la supresion de los Jesuitas; (y este es, vuelvo á añadir, el secreto del odio contra los Jesuitas) que hay que admirar despues de esto (continúa este escritor) que el Papa, que los gobiernos católicos vuelvan á llamar á unos hombres cuyos servicios han sido apreciados aun por los protestantes, por el gran Leibniz, por el mismo Federico II, y que el sabio Bacon proponía por modelos?" Este sonoro grito del universo, vuelvo á decir, es la mas completa apología, la mas espléndida recomendacion de la Compañía de Jesus: los Jesuitas son invocados de todas partes; los protestantes mismos aprecian su mérito; los Jesuitas gozan hoy de una amplia libertad en Inglaterra, y la aristocrácia protestante envia sus hijos á los colegios de los Padres. En el Canadá el gobierno inglés protege decididamente las misiones de los hijos de Ignacio; numerosos son los establecimientos que ellos poseen en los Estados Unidos; en una palabra, gobiernos absolutos, gobiernos constitucionales, gobiernos republicanos, gobiernos católicos, gobiernos protestantes y cismáticos, todos acogen, todos protegen, todos toleran y todos aprovechan el mérito de los Jesuitas.

Al sonoro eco de esta voz del mundo culto é ilustrado,

la Nueva Granada ha respondido: plagados de males, y sin esperanza de remedio, levantamos nuestros ojos al Cielo.... El Omnipotente oyó nuestros votos, y nuestros deseos se ven cumplidos. Los hijos de Ignacio siempre intrépidos, siempre generosos; apóstoles en el siglo XIX, como en el siglo XVI; abandonando patria, amigos, relaciones; cerrando los ojos sobre todos los peligros que presenta este teatro de las oscilaciones, este país de las incertidumbres, atraviesan los mares, saltan ligeros en nuestras riberas, y marcando su curso desde Santa-marta hasta la capital con los prodigios de un zelo que asombra y subyuga aun á los mas preocupados, se efrecen finalmente á nuestra vista: vedlos aquí.... y con ellos los albores de un un bello dia, el principio de una nueva era, el iris que anuncia la bonanza.... ¡Gran Dios!; si este no es mas que un agradable sopor, haced que el sueño sea eterno!.... Pero no; esta es la realidad de vuestras misericordias, y el signo que nos dais de que, á pesar de nuestros delitos, somos aún el objeto de vuestra clemencia!

Sí, católicos: se acabaron nuestros males si sabemos apreciar el don que nos hace el Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo. ¡Qué! ¿Serian perdidos los multiplicados y constantes esfuerzos que al efecto ha hecho el muy digno Prelado que el Cielo nos concedió en su misericordia, las generosas erogaciones con que tantos han contribuido, el noble empeño que en esta parte ha desplegado la presente Administracion, el interés que todos han tomado por la venida de los Padres Jesuitas? Y estos mismos religiosos tan apreciados bajo todos aspectos, que solo por nuestro bien han abandonado sus hogares, atravesado climas mortíferos, sufrido de consiguiente mil penas, y hecho toda clase de sacrificios, ¿habian de venir á permanecer en un edificio estrecho, ruinoso, y aun malsano, sin que se tratara de proporcionarles otro local decente, y sobre todo, espacioso, donde puedan desarrollar con la predicacion, con la enseñanza, con la educacion, el precioso gérmen de felicidad pública y privada que consigo llevan á todas partes? Este país donde todo se proporciona á los extranjeros, donde las atenciones, la mas generosa hospitalidad es una de las virtudes que caracteriza y honra á sus habitantes, ¿se habria de limitar á votos estériles, y cuando mas á un noble entusiasmo por los Padres Jesuitas? ¡Vive Dios! que no puede sufrirse tal mengua si todavía late honor en nuestros pechos. ¡Padres de familia! vosotros estais especialmente interesados en este punto: las caras prendas de vuestro amor, vuestros hijos, os hablan en este momento con aquel elocuente idioma que mis lábios no pueden transmitir porque es el de la naturaleza misma. La felicidad presente y futura de esas prendas queridas se halla hoy en vuestras manos, y con ella la

felicidad de la religion y de la patria. Esa tierna juventud con ingenio, con talentos, con tan bellas disposiciones.... ¡qué terreno tan fecundo si es cultivado por manos expertas! pero si cae en las manos de los agiotistas de la impiedad, ¡qué funesto porvenir para vosotros, y para ella misma! ¡Padres de familia!....Desplegad aquí toda vuestra energía, poned en accion todos los recursos, haced valer todos los medios; y siendo como es, uno mismo el objeto, á saber, la buena educacion, y con ella la felicidad de vuestros hijos, unios fuertemente y formad una masa compacta que allane todos los obstáculos.

¿Mas por qué interpelar solo á los padres de familia, cuando todos sin excepcion, estamos interesados en este punto? ¿A quien no interesan el orden, la justicia, la paz, la seguridad, todos los bienes sociales, cuando no le interese la religion, si es que sin ella pueda existir sociedad alguna? Pues todos estos bienes dependen exclusivamente de la buena educacion, y para esta buena educacion, ningunos como los Padres Jesuitas. Esta es una verdad que la razon enseña, que la experiencia demuestra, que el mundo anuncia, y que aun los mas preocupados confiesan.

Correspondamos, pues, todos á los misericordiosos designios de la Providencia; y para exitarnos eficazmente, fijemos la vista en el gran modelo que hoy nos presenta la Iglesia en San Ignacio de Loyola. Apenas siente él las impresiones de la gracia, cuando inmolándose á sí mismo, corresponde con una heróica mortificacion, con una constancia y generosidad sin límites, que elevando su espíritu á la contemplacion de las cosas divinas, le hace superior á todo lo terreno. Su corazon devorado de zelo por la mayor gloria de Dios, le inflama para oponerse al torrente de la heregía, y formando con este noble objeto una legion valiente á la que comunica su espíritu, sostiene y repara la casa del Señor, amplifica y extiende el Reino de Jesucristo. La tumba misma donde todo fenece, no interrumpe su santo ardor, pues partiendo al Cielo, permanece sobre la tierra, dejando en el divino libro de sus ejercicios, una fuente perenne de salvacion, y en sus hijos prodigiosamente fecundos, apóstoles y maestros que continuarán llenando de almas el Cielo. *Lauda sterilis.*

¡Qué gloria para vosotros, venerables religiosos, ser hijos de tal Padre, cuyo nombre, cuyo zelo, cuyos inmensos servicios publica el Universo, pues que cual otro Angel del Apocalypsis, difunde y derrama por toda la tierra los benéficos rayos de su gloria! *terra illustrata est á gloria ejus.*....Pero tambien ¡qué satisfaccion tan deliciosa para nosotros ver hoy, por un favor especial de la divina misericordia que no puede agradecerse dignamente, restituido en vuestras personas á este pais, la gloria, el zelo y los beneficios de Ignacio! Apenas os llamamos, sin reparar en obstáculos, penalidades, sacrificios de

todo género, volasteis á nuestro auxilio. ¿Qué atractivos podía brindaros este pais dilacerado, empobrecido, donde la desconfianza es nuestra garantía, la incertidumbre nuestra situacion; las revoluciones nuestro natural estado? ¿Qué atractivo, dije? Por lo mismo que estamos plagados de males, somos el objeto de vuestra ternura, y cuanto mas se aumenten nuestras necesidades, vuestra caridad será mas activa. ¡Hombres incomparables! ¡dignos hijos del Grande Ignacio! vuestra generosa consagracion al bien de este pais, es un beneficio cuya magnitud excede á toda clase de reconocimiento; y es á vosotros por lo mismo, á quienes igualmente convienen las bellas palabras que en boca de los discípulos de Jesucristo, ponía el sublime Lactancio: “entre nosotros todo se hace con desinterés, con facilidad, con prontitud, y con tal de que se nos escuche, nada mas pedimos, nada mas pretendemos. *Apud nos gratis omnia fiunt facile, cito, modo pateant aures; nos aquam non vendimus, nec solem mercede præstamus.*” Recibid no obstante en la efusion de nuestro corazon, los mas profundos é indelebles afectos de gratitud; y si lo que únicamente buskais, si lo único que puede recompensar vuestros sacrificios y vuestro zelo, es nuestra docilidad, *modo pateant aures...* ¡ah! Dios Eterno! Dios Omnipotente! Dios autor de todo bien! oid por vuestra misericordia, por la sangre preciosa de vuestro divino Hijo, que sobre este altar os presenta hoy el digno y venerable Ministro que celebra, (*) oid los mas ardientes votos de mi corazon. Docilidad pido para que fructifique la palabra de salud que anunciarán, tanto en las misiones internas, como en las externas, los apóstoles de la Compañía de Jesus: docilidad á esta tierna juventud que, bajo la conducta de los mejores maestros de la educacion, los Jesuitas, disipe los negros vapores de la impiedad, y restituya á este suelo la gloria de que gozaron nuestros mayores: docilidad que, subordinando injustas preocupaciones al imperio de la razon y particulares intereses á la salud de un pueblo, que es la primera ley, haga que estos Venerables Padres sean restituidos, como lo demanda la justicia, á sus antiguos hogares, y les facilite todos los medios para llenar el grande objeto de su mision. Los inmensos frutos que de aquí se deriven, nos harán participantes de las consoladoras promesas que la religion asegura en la vida presente, como de las que son su recompensa en la felicidad de la vida futura que, á mayor gloria de Dios, para todos, para todos deseo. —Amen.

(*) *El Sr. Provisor Vicario General del Arzobispado.*

